Cuento

Palurda

Guillermo Samperio

Hermano de la poesía y cómplice del sueño, el cuento es una de las formas más difíciles de la literatura, y Guillermo Samperio, a lo largo de su obra, se ha mostrado como uno de sus más fieles devotos. Prueba de ello es este cuento de crisis conyugal y pleno de ironía, producto de su fértil universo imaginario.

Luego de veinticinco años, Rodrigo concluyó que su mujer era una palurda. Se resistió a aceptarlo durante mucho tiempo. Pero esa mañana, mientras se levantaba de la mesa, después del desayuno, la observó deglutir un bocado y percibió en ella un gesto desagradable, animalesco, mezquino. De pie, dobló la servilleta, agradeció la comida y, ya en el pasillo, le dejó caer en el cuerpo el epíteto "palurda", tal como cae un azotador en el cuello.

Eugenia había recibido una educación aceptable. Su familia practicaba ceremonias de cordialidad y atenciones entrecruzadas (Don Herminio fue un padre más bien parco, pero correcto, caballeroso. Doña Eugenia, su madre, dada a alentar las reciprocidades, se reunía con las vecinas del barrio y conocía bien las conductas finas de antaño). En fin, la familia Briones hacía humilde gala de algunos resplandores de su pasado con las amistades de sus hijos. En verdad, siempre tuvo el afán de llevarlas un poco más allá.

Rodrigo la conoció, casualmente, en un recital de piano. La corrección con que se condujo en la primera cita que sostuvieron, en un restaurante de Reforma, lo alentó. Pensó que aquella mujer podía convertirse en una buena anfitriona... Al principio le agradó que ella le enmendara las formas de tomar el tenedor y de precisarle el sitio exacto del cuchillo mientras se llevaba el bocado a la boca. Le divertía la obsesión de perfeccionamiento en ella.

Era una mujer ahorrativa y muy alta, de cuerpo grande y cabello oscuro —empataba bien con la estatura de Rodrigo, basquetbolista en su juventud—, tenía personalidad y destacaba entre la gente; su tono de voz era alto, claro y fino, más agudo que grave. Pronunciaba la terminación de las palabras con firmeza, fuera una "de" o una "zeta". Su relación con los demás tendía a ser claridosa, sin llegar a molestar a sus interlocutores. Había estudiado inglés, algo de francés y sabía la pronunciación del alemán. Así que, riqueza de vocabulario y pronunciación no podían faltarle. Siempre hubo quienes elogiaron su expresividad. Porque Eugenia hacía coincidir la entonación y el contenido de su discurso con la gestualidad de su cuerpo y, en especial, con la de su rostro. El movimiento de sus manos ejemplificaba acciones y figuras complicadas con cierto grado de abstracción. Si era necesario un brillo en los ojos, porque el motivo lo exigía, Eugenia colocaba uno en su negra mirada.

Aun en duermevela y en los amaneceres, se daba tiempo para recordar y ejecutar sus deberes para con sus cuatro hijos y con ella misma. Consultaba dos de los más influyentes diarios del país y estaba suscrita a publicaciones de divulgación científica, de derechos del consumidor y gastronomía. El hecho que sus hijos hubieran nacido hombre y mujer, primero, y de nuevo hombre y mujer, le había simplificado las cosas, pues desde chiquillos los organizó por parejas, bajo la supervisión de la sirvienta en turno.

Durante el auge del feminismo, Eugenia y Rodrigo incorporaron ciertas modalidades a su relación, como parto profiláctico y complementación de roles, de tal suerte que ambos llegaron a ser habilidosos cambiadores de pañales.

Edvard Munch, *Attraction*, 1985

Edvard Munch, *Summer Nigth/The Voice*, 1893-1896

En la intimidad, Eugenia aplicaba los dispositivos de aseo y orden con la misma corrección que perseguía en público y en las reuniones familiares. Trabajaba en el Banco Central —en un puesto menor— y en ocasiones recibía algunos bonos que debía consumir en el restaurante privado del banco. Le pedía entonces a Rodrigo que eligiera su mejor traje y lo invitaba a compartir aquel fastuoso comedor. Ahí desplegaba diversas técnicas de las buenas costumbres que con el tiempo había cultivado.

Rodrigo dejaba que lo guiara —como si estuviera partiendo a una expedición de la que dudaba salir ileso— en cómo dirigirse al camarero, al capitán, al galopino; así como en el modo y el momento en que debían entregar los bonos. Ella, además, conocía casi todos los nombres y los cargos de los banqueros que desfilaban en sus cortesanas comilonas.

Sin embargo, Rodrigo había llegado a la conclusión que su mujer era una palurda. No sabía si esto era resultado de la rabia de haber vivido con una imagen artificiosa de Eugenia. El veredicto era contundente y perdurable: palurda.

Mientras se aseaba la dentadura, pensó que su malestar no provenía tanto de la obsesión persecutoria de su esposa, pues a fin de cuentas él había corregido muchas de sus costumbres y se había convertido en hombre que cocinaba y atendía quehaceres domésticos. A él también su familia le había otorgado la justeza de las buenas costumbres, enviándolo —con algún sacrificio— a colegios prestigiados, donde finalmente se ejercían las bondades de una educación sin conflictos. Se tituló como economista y ejerció profundamente desde los últimos semestres de la licenciatura. No era tanto el perfeccionismo del que a veces él también hacía gala, Eugenia llevaba sus impulsos más allá de otras órbitas de la convivencia. En cuanto a los principios y la moralidad, era implacable. Conocía a la perfección los equivalentes y las contrapartes de lo que ella otorgaba. Era obvio que ella esperara, pública y privadamente, las retribuciones que vendrían hacia sí. En la educación de los hijos, difundía las claves del comportamiento, la información general y los resultados que advertían los cuatro futuros; intervenía en las estrategias y tácticas de relación con las dos familias; llevaba el *record* de los múltiples cumpleaños, los segundos nombres y los sobrinos, y acertaba en las fechas de nacimiento de gente cercana a la familia. Para la economía del hogar, comparaba precios y marcas, las mejores temporadas de la compra importante.

Durante el año adquiría un objeto aquí y otro allá, en la mejor oportunidad. Así que, antes de que finalizara cada octubre, las compras navideñas y las del primer trimestre del año entrante ya habían sido realizadas.

Le preocupaban las guerras y los indigentes del mundo, sin que aquello desequilibrara de manera sustancial su ritmo de trabajo y el de la casa. Ocasionalmente, en instantes ociosos de confluencia familiar, sollozaba por un bombazo en Medio Oriente, o por el fallecimiento de un pariente en tercer grado político. El hijo mayor y la hija menor tendían a incomodarse por tales escenas, mientras que el hijo menor y la hija mayor se congraciaban con ellas. De los primeros, el hombre está casado y la mujer estudia en Italia.

Si juntara todas las bondades de Eugenia, se decía Rodrigo mientras terminaba de peinarse, tal vez una justicia abstracta, ascética e higiénica, darían un fallo a favor de ella. Pero eso no podría impedir, desde ese momento, pensar que estaba casado con una palurda.

En tanto secaba sus manos en una toalla, no pudo impedir que le viniera un regocijo discreto. Frente al espejo se atusó el bigote poblado, se acomodó unas canas rebeldes, se ajustó el nudo de la corbata; miró el perfil de su nariz para cotejar el espesor de los bigotes. Entonces sonrió. Una risa franca al imaginar a Eugenia. Lo lamentable era que ella nunca se daría cuenta. Imposible dirimirlo con otra persona.

Eugenia había rendido a varios consejeros familiares, era mucho más sofisticada en esas creencias y construía sus propias interpretaciones de ellos. Le comentaba a su marido, en el orden de lo secreto, el color verdoso sobre los dientes del terapeuta, o bien sus vicios del lenguaje, como los "estes" y los "me doy a entender". Ninguno de ellos, desde luego, le iba a decir el infausto epíteto. Quizá lo tuvieron en la punta de la lengua —el mismo Rodrigo nunca estuvo ajeno a esa intención. La ceguera que había tenido hasta entonces tal vez era producto de esa capacidad de abstracción en la que podía atender dos o

tres asuntos en un mismo impulso, a fin de salir rápido de ellos, para concentrarse en la lectura de artículos de actualidad sobre *Business Administration* o *International Economy*. Lo anterior, combinado con la idealización sobre Eugenia y una inevitable y terca tontería.

Entendía que ella no era mala en el fondo; aquello le venía de un sitio anterior, lo había adquirido como un don natural, un fluido básico. Existía una línea imaginaria donde Eugenia regresaba al sitio de donde venía huyendo. Y en esa vuelta, impulsada por el vicio de perfeccionamiento, comenzaba a ser una inevitable palurda.

Rodrigo salió del baño y regresó al desayunador. Ella terminaba de tomarse una copa de jugo de naranja. Se detuvo a mirarla, esbozando una discreta sonrisa. Para su sorpresa Eugenia —primorosa, maquillada con los tonos convenientes a su personalidad— guardó silencio. Rodrigo impuso que su rectitud era comparable a la de algún animal campirano. Decidió ir a la recámara por el periódico y para verla a la distancia, sin que se diera cuenta.

No es que ella deseara la maldad para los otros, su moral era bien estricta al respecto. No es que fuera mala anfitriona, por el contrario. Aunque gustaba de enfatizar sus destrezas frente a los comensales y —entre platillo y platillo— recordar la orientación de algunos primores puestos en el dinero de los gastos culinarios. Sin llegar al desgarrón, opinaba contundentemente frente a alguna baladronada o ligereza de los invitados. Una vez que el calor de la honorable deferencia había llegado, Eugenia ofrecía al oído de algún comensal un par de sus principios inquebrantables, indicando que no necesariamente debían ser transferibles. Luego se disculpaba y ofrecía sus servicios, en caso de una variación.

Tanto en la recámara de los hombres como en la de las mujeres —sus hijos— colocó corchos en la pared, para indicar a cada uno sus responsabilidades y lo que no debían olvidar. Los hijos que aún vivían con ellos utilizaban ese medio de comunicación para intercambiar opiniones con su madre, manifestándole necesidades escolares y de índole cotidiana. Antes de despertar y de dormir vivían ante su realidad ética, espiritual, educativa y tradicional.

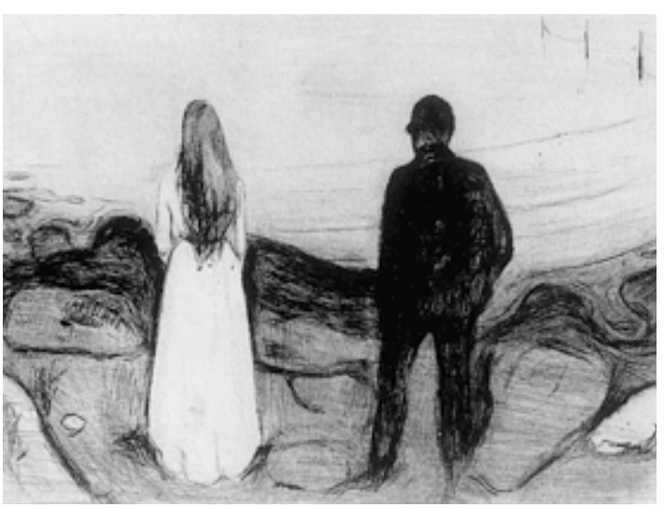
De sus años de visitar los comedores de los banqueros, se decía Rodrigo mientras hojeaba el diario, no habían conseguido ningún movimiento financiero de importancia. No recordaba el rostro de uno solo de ellos, a pesar de que en alguna entrevista casual en la televisión su esposa le señalaba al que había entrado al fondo del salón, acompañado con el que usaba un saco algo percudido.

Eugenia afirmaba que en su trabajo era responsable y que velaba por los intereses de la empresa. Quería a su banco. Cuando saludaba desde lejos a alguno de sus funcionarios, seguramente el epíteto —palurda— se quedaba rondando en los labios de ellos.

Rodrigo la vio entrar a la recámara con el rabillo del ojo. Ajena a que su marido la veía, se plantó ante el espejo para arreglar la faja que le ayudaba a redondear la figura; acomodándola sobre el vestido —de flores negras y violetas— que apenas cubría su cuerpo. Eugenia gustaba de cocinar platillos que sólo ella consumía, únicamente las veces suficientes para no engordar demasiado. Necesitaba alimentar del modo más equilibrado aquel cuerpo grande y carnudo. Su porte y su vestimenta guardaban un parecido con las madres de familia de los años cincuenta (los botoncitos formados en los puños, la abertura de un par de pulgadas en la falda o los zapatos de correa al tobillo). Rodrigo pensaba que sólo le faltaba la pañoleta al cuello. Palurda, se dijo, no se trata más que de una palurda. Sus excesos de convención y de buenas maneras la convirtieron en una palurda. Dejó el periódico a un lado y se puso a observarla francamente. Al cruzar hacia el baño, Eugenia lo observaba, entró y cerró la puerta.

Rodrigo escuchó el fluir de la llave del agua, los ruidos de alguien que se lava los dientes y hace gárgaras. De pronto ella dijo algo sobre un cepillo de dientes. Él respondió, gritando, que no le entendía. Eugenia abrió la puerta y le acusó de que había dejado el cepillo de dientes sobre el lavabo y no había tapado la pasta dentífrica,

Edvard Munch, *Separation I*, 1896



Edvard Munch, *Two Human Beings*, 1895

añadiendo que ya debía irse a la oficina para no llegar tarde. En la mano traía un kleenex hecho bolita, con el que se alineaba el bilé.

Tomó su bolso y el saco de su traje sastre, color gris. Al ponérselo, preguntó a Rodrigo si algo lo inquietaba. Éste sonrió con franqueza y guardó silencio. Eugenia le indicó que no se quedara como palo.

—No me pasa nada, mi amor.

—¿Entonces? —dijo ella, introduciendo el brazo a la manga.

Edvard Munch, *The Voice / Summer Night*, 1898

Rodrigo se mantuvo en silencio. Ella se llevó las manos a la cintura y él la miraba desde el fondo de la cama, recargado en una almohada. Percibió, por primera vez, que la recámara era demasiado chica para aquella mujer.

—¿Te sientes mal? —preguntó.

—No, al contrario —respondió él, de inmediato.

—¿Entonces? —dijo ella casi a horcajadas, imponente al pie de la cama.

—Solamente quiero que te vayas a la chingada —dijo Rodrigo con serenidad, reacomodando la sonrisa bajo el bigote.

—No te entiendo. ¿Qué estuviste soñando? —insistió ella como si no hubiese escuchado nada—. A mí sí se me hace tarde, yo sí quiero llegar a tiempo a mi trabajo. Este deseo puede ser transferible, pero ya no es asunto mío.

—Lo que me pasa, mi amor, es muy claro: quiero divorciarme.

—Estás loco. Qué te falta. Tenemos que ir nuevamente con uno de los terapeutas. Ya hablaremos de eso. Me voy rapidito.

Intentó irse.

—Ya no me encontrarás aquí cuando regreses. Luego hablamos.

—¿Y se puede saber el motivo tan apremiante? ¿Te enamoraste de alguna mujer interesada en la macroeconomía y fue a primera vista?

—No. Solamente deseo compartir mis últimos días con una mujer maleducada.

—Bueno, mi amor —dijo ella—, me tengo que ir. Llámame para ir al cine o algo así. Y ya platicaremos de esas dudas.

Y salió de la habitación.

Rodrigo escuchó que Eugenia cerraba la puerta de la calle, desanudó su corbata y llamó a la oficina para decir que se sentía indispuesto. Se preparó un sándwich de tres pisos, usó la palita de la mostaza en la mayonesa —deleitándose con el rayón amarillo en la crema blanca— y dejó los frascos abiertos. Se dirigió a la estancia, encendió el televisor y mordió su sándwich. El bigote se manchó por ambos lados. Chupándose un dedo, pensó en que no había ninguna prisa. En algún momento prepararía un maletín y se iría al hotel más cercano. Comenzó a interesarse por las noticias matutinas cuando escuchó ruidos en la escalera. Apareció su hija, la menor, tan alta como ellos, con un portafolios rojo.

—¿No vas a trabajar, papá?

—No, hija.

—Bueno, yo salgo volando, me van a llamar de la congregación. ¿Les dices, por favor, que no puedo ir al campamento?

Con el sándwich entre los dientes, no pudo evitar pensar en el epíteto y en que necesitaba una beca en Italia.